



Las culturas tradicionales han practicado desde siempre la permacultura antes de que existiese el término

Por una permacultura no genocida El kárate y el mau-mau

Joaquín Albaicín ahonda en este artículo sobre lo necesario de que las visiones propias de los pueblos tradicionales no sean excluidas de la búsqueda de soluciones a los desafíos a que se enfrenta la Humanidad.

RECURSOS NATURALES Y RECURSOS CULTURALES

A pesar de que la corriente de pensamiento conocida desde 1978 como permacultura parezca llevar implícita en su misma denominación la preocupación por los aspectos idiosincráticos de la sociedad cuyo orden aspira a mejorar, la producción literaria por ella generada se centra en temas relacionados con la preservación, regeneración y distribución responsable y justa de los recursos naturales, es decir, en cuestiones de cariz en última instancia económico. De ahí que me pregunte si ese enfoque no podría asimismo ser aplicado a la preservación, regeneración y distribución de los activos culturales; es decir, por qué no apostar por otorgar a los diferentes modelos de civilización la consideración de bienes naturales a proteger no cuando se hayan extinguido, sino ahora que -en dispar medida- continúan vivos. Porque resulta harto incongruente que todo el mundo se escandalice de boquilla por el fin de modos de vida de perfil netamente permacultural en virtud justo de su basamento sobre principios espirituales, pero, al tiempo, ninguno de los indignados parezca considerar deseable que nadie viva de acuerdo con esos valores cuya extinción llora con lágrimas de cocodrilo.

Y es que el proceso de globalización nunca ha ocultado su principal meta: la coagulación de un estado de cosas en el que la humanidad entera termine por resultar "unificada" bajo un único modelo de sociedad. Trasladando el problema al campo específico de la alimentación, el símil nos descubre que lo perseguido por las estrategias geopolíticas dominantes en el ámbito de la cultura equivale a la consecución de un proceso en el que los gobiernos de las grandes potencias se marcaran el ideal de que todos los seres humanos tuviéramos

que comer cada día patatas y sólo patatas... como si no existieran otras alternativas.

¡TODOS AL MUSEO!

Queriendo el vocablo "permacultura" significar en su origen "agricultura permanente", algunos autores han preferido traducirlo como "cultura permanente". Mas no se debe pensar que sus teóricos tengan en mente nada parecido a la defensa de las civilizaciones "per se", pues el concepto de cultura subyacente en toda escuela de pensamiento nacida en Occidente en los últimos 200 años va muy poco más allá de lo económico y apenas esconde la aspiración a aniquilar de modo más o menos doloroso toda estructura y organismo tradicional y su reemplazo por un estado de comodidad generalizada gobernado por la tecnología punta. En Occidente, incluso quienes conservan alguna clase de vaga creencia religiosa viven fascinados por el poder de la tecnología. De ahí que prácticamente todos, desde el creyente hasta el ateo, lamenten mucho la desaparición de la vida tradicional piel roja, pero consideren prioridad indiscutible que los sioux dispongan de ordenadores y móviles. ¡Ya pervivirá su cultura en algún museo!

Se trata de un estado mental definido por Bernanos ya en 1944 al escribir: "No se comprende absolutamente nada sobre la civilización moderna si no se admite primero que es una conspiración universal contra toda forma de vida interior. En la civilización de las máquinas la vida interior adquiere poco a poco un carácter anormal. El peligro no está en la multiplicación de las máquinas, sino en el número continuamente creciente de hombres habituados desde su infancia a no desear más que lo que las máquinas pueden darle".

LA CORBATA Y EL BURKHA

No pretendo, por supuesto, idealizar la fregona ni santificar sin más todo aquello procedente de Oriente o la Antigüedad. Tan absurdo me parece que en Irán puedas ser detenido por lucir corbata como el escándalo de un fundamentalista pakistaní al ser obligada su mujer a descubrirse el rostro en un control de pasaportes, pues, si este caballero es tan "tradicionalista", ¿a santo de qué lleva a su esposa de vacaciones a lugares del mundo que, a sus ojos, son embajadas del mismísimo infierno? Y, si no entiendo la obsesión de las europeas por pasear medio desnudas por las calles de Oriente, cosa que no hacen en sus países, tan satánica me parece la ejecución a pedradas de una adúltera o el corte de la mano a un ladrón como una operación de "cambio de sexo", pues cuando hablo de civilizaciones pienso en sus fundamentos elevados, no en sus aspectos degenerados hasta la paranoia y el bestialismo ni en mesianismos -laicos o religiosos- invertidos. Me parece de cajón que, si los saudíes no permiten en su país la práctica de más religión que el wahabismo, han de asumir la recepción de idéntico trato por parte del resto del mundo y abstenerse de abrir templos wahabíes en otros países. Y que aquellos wahabismos, democracias o cientifismos que no admitan el abandono de sus filas por parte de ningún alma, habrían igualmente de renunciar a toda clase de proselitismo destinado a engrosarlas.

¿UN ACUERDO GLOBAL?

Ni por un momento considero que el respeto a las fronteras culturales pueda ser alcanzado con una simple declaración oficial. Aun de ser así, un compromiso permacultural contraído por los principales países a fin de procurar la continuidad y normal desarrollo de las distintas civilizaciones correría idénticos riesgos de fracasar que el enfocado hacia la explotación responsable de los recursos naturales, pues, además de ser la mentira el arma predilecta del político, todo Sistema ha de enfrentarse a los intereses creados, así como al papel por lo general imprevisto a menudo jugado por la irracionalidad en la conducta humana, las evaluaciones erróneas, las propias ingenuidades, las percepciones fallidas de la condición adámica o la interpretación con frecuencia demasiado optimista de lo que para "todo el mundo" "debería" ser bueno.

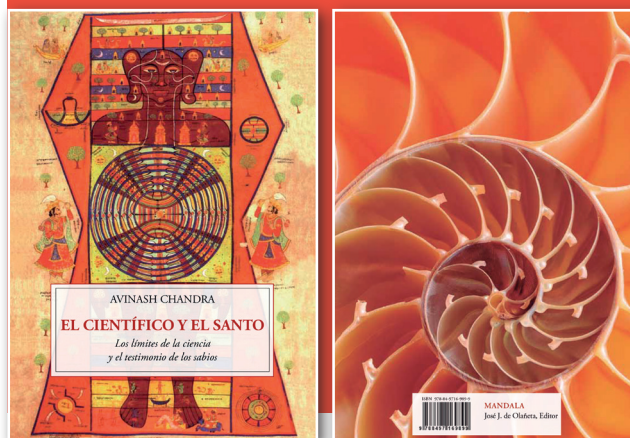
EL KÁRATE Y EL MAU-MAU

Y no puede olvidarse el principal escollo: que ese proceso de autocomplacencia egoica en que Occidente vive sumido lleva ya muchas etapas recorridas, y, si resulta obvia la necesidad de un cambio de paradigma, también parece imposible detener ni por medios pacíficos ni drásticos su afán expansionista y su obsesión porque su acopio de poderío económico y militar vaya acompañado por la sumisión del resto del orbe a su ateísmo práctico y sus fantasías darwinistas. De hecho, pareciera como si las cataratas ideológicas no permitieran ya a Occidente pensar bajo parámetros de sentido común. Cuando, en 1957 y durante un viaje a Kenya, Paul Bowles preguntaba a los ingleses por las causas de la reciente rebelión de la guerrilla nativa Mau-Mau: "La respuesta", escribió, "siempre es vaga y poco original (...) 'Propaganda rusa'; 'las escuelas libres';

"EL CIENTÍFICO Y EL SANTO"

AVINASH CHANDRA

Un sólido análisis crítico de los límites de la ciencia moderna apoyado en el testimonio de innumerables santos y sabios de todas las tradiciones. Un libro escrito desde la convicción, que trata de temas de urgente actualidad y que resulta un instrumento utilísimo para empezar a desentrañar los retos metafísicos a los que se enfrenta el mundo moderno. Un libro para la reflexión.



Portada y contraportada del libro *El científico y el santo*, de Avinash Chandra, al que hace referencia el autor

‘brote de salvajismo en la tribu’; ‘problemas de tenencia de tierras’; e incluso ‘intervención egipcia’ (a través de Radio Cairo), son algunas de las respuestas. Ninguna parecida a: ‘el descontento por la política de discriminación racial’, o siquiera ‘la pobreza’ o ‘el hambre’. Estas, desde luego, son las razones que dan los africanos”. Excusas que recuerdan mucho a las propagadas hoy en el sentido de que, por ejemplo, Irán “buscaría” la bomba nuclear no porque Estados Unidos la tiene, sino por razones paranoicas inducidas por Putin, que practica demasiado el kárate.

EL CIENTÍFICO Y EL SANTO

Un libro recién publicado por Olañeta a Avinash Chandra (“El científico y el santo”) resulta de lo más ilustrativo de cara a comprender este lacerante proceso de uniformización y sanguinaria trivialización a gran escala de la vida. Trae en él Chandra a colación un pasaje de Huxley que subraya cómo incluso aquellos occidentales adscritos a una tradición religiosa tratan sobre el papel a tradiciones espirituales tan venerables como la hindú o el taoísmo como si, al igual que la caldea, fueran de hecho civilizaciones desaparecidas, pues: “La mayor parte de autores de libros sobre religión y metafísica, tanto europeos como americanos, escriben como si nadie hubiera pensado nunca sobre tales temas salvo los judíos, los griegos y los cristianos de la cuenca del Mediterráneo y la Europa Occidental. Esta exhibición de lo que, en el siglo XX, es una ignorancia enteramente voluntaria y deliberada, no sólo es absurda y vergonzosa; es también socialmente peligrosa”.

¡Y tanto! ¿No? Piénsese en los centenares de drones lanzados sobre objetivos civiles –para combatir el terrorismo– por el Premio Nobel de la Paz, Barak Obama...

Joaquín Albaicín